

La Noche en Que Murieron Los Dioses



Cada vez con más frecuencia se habla en el mundo de hoy de la muerte de Dios. Sin embargo, esta expresión "muerte de Dios" no significa necesariamente una confesión de ateísmo, sino la señal de una crisis. Significa que se nos muere un modo de creer desviado, es decir, que la idea que algunos tenían de Dios se les ha hecho insostenible, que el Dios que imaginábamos, el Dios que pensábamos, no puede subsistir en un mundo desacralizado, secularizado y explicado por la ciencia. No siempre, empero, los que constatan esa muerte se dan cuenta de que ese dios muerto no es reciente. Han encontrado un cadáver, pero realmente ese dios murió hace dos mil años. Exactamente: esa muerte se produjo una noche junto a un pesebre al nacer un Hombre.

Los cristianos creemos saber que el nacimiento de Cristo es, en verdad, el nacimiento de Dios pero inmediatamente olvidamos que ese Cristo es la revelación inaudita de un Dios completamente impensado por el hombre y por lo mismo, la proclamación más revolucionaria de ateísmo de cuantas ideas y concepciones de Dios había concebido el hombre. Tan revolucionaria, que dos mil años después muchos ateos no saben que el dios al cual se oponen, que ese dios en el cual no creen y al cual niegan, es precisamente el que vino a negar Cristo al revelarnos la faz desconocida y oculta del verdadero Dios.

La realidad del Dios Vivo que Cristo nos revela es tan opuesta al pensamiento carnal del hombre, que toda la historia de esa revelación (toda la historia del cristianismo) no es más que un combate durísimo, no solamente por la persecución de los anti-cristianos sino —y con más intensidad— por las deformaciones de los mismos cristianos y de los mismos deístas. A Cristo le costó la vida antes de los 34 años: no lo mataron los incrédulos sino los crédulos: lo mataron en nombre de Dios. Su revelación de Dios Vivo era blasfemia para el dios muerto. Y durante su vida, sus mismos apóstoles constantemente perdían la fe en El porque volvían a pensar en Dios (en la concepción humana de Dios) desconcertados por la revelación revolucionaria del Dios verdadero. Los fariseos (la iglesia más pura, en el concepto humano de lo puro) lo rechazan y luego su propia Iglesia constantemente tiene que sacudirse las adherencias del pensamiento del dios muerto porque no hay peor tentación religiosa que la de cubrir al Dios Vivo con nuestras obstinadas concepciones humanas de la Divinidad.

Preguntémosnos tan sólo cómo hubiéramos hecho nacer al Verbo Encarnado, en qué lugar, en qué condiciones, para darnos cuenta de cómo llevamos agazapado un dios falso que trata siempre de recubrir al Verdadero. Al dios imaginado por el hombre —imaginado con todo amor y respeto— lo hubiéramos hecho nacer con detonante gloria y poder en un fabuloso templo donde se acumulara toda la riqueza y esplendor de la grandeza. Eso, humanamente, es lo DIGNO para el TODOPODEROSO. Pues bien, esta simple idea basta para darnos a entender la terrible lucha de la Revelación de Cristo. Porque, aun cuando creemos que creemos en El, insensiblemente deslizamos sobre su Mensaje esa concepción carnalista y mundanal de lo Divino. Al menor descuido, revestimos con nuestra filosofía idealista, con nuestra concepción de la grandeza, con los atributos de lo que nosotros adoramos: el Poder, la Riqueza, el Exito, a un Dios que nos está revelando exactamente lo contrario. Al Dios que escoge un pesebre —al Dios-Pobre no tardamos en revestirlo con las cualidades del Dinero porque nuestra naturaleza no está acostumbrada a inclinarse más que ante la potestad del oro. No queremos al Dios-Humildad sino volver a Zeus prepotente, fornicante, vengador e imperial. Y no ha acabado Cristo de decirnos que su reino no es de este mundo cuando ya lo estamos vinculando al gobierno de los hombres y comprometiendo el deber de servicio del cristiano con nuestro propio servilismo al poder.

¿No es extraño que el Comunismo, ideado por los trabajadores explotados como fórmula de liberación del pobre, haya basado su filosofía sobre el rechazo de la idea de Dios? ¿Hubieran negado a Dios las masas si no hubiéramos sustituido al Dios revelado por Cristo con un dios de ricos, y suplido el cristianismo de las Bienaventuranzas con un cristianismo adinerado, egoísta, explotador y prácticamente ateo?

¿No es extraño que la Ciencia, el exacto saber objetivo, riguroso y verificable, sirva a tantos para negar a Dios cuando ya el mismo Génesis bíblico nos enseña a distinguir lo profano de lo sagrado y nos muestra un Dios creador, separado del mundo, sin medida común con la criatura, que entrega el universo al hombre y le ordena: "sometedlo y dominadlo"?

Si el progreso científico conquista el espacio o encuentra las leyes misteriosas de la fecundidad o el sorprendente proceso de la evolución de las especies, o trasplanta corazones o por medio de la sicología estudia cómo nace la conciencia moral, ¿por qué tales avances nos parecen que están

3 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

invadiendo un terreno sagrado; por qué a tantos —que ya revela la Biblia y que ratifica ese Niño (Dios hecho Hombre)— los lleva a dejar de creer en Dios?

¿No será porque hemos suplantado la revelación del Dios Vivo con dioses arcaicos y muertos; no será que seguimos adorando sin saberlo, allí donde vemos un misterio, o una fuerza incontrolable, al “dios-rayo”, al “dios-fecundidad”, al “dios-cosmos”, al “dios-destino”, e incluso al dios-convierte en el “dios-revista científica”, o en el más barato “dios-Selecciones”, es decir, en la adoración religiosa a lo científico como fruto de nuestra pobre y supersticiosa confusión de lo sagrado?

Es precisamente junto al Pesebre de Belén, en esa noche en que un Dios nace Hombre, cuando nace también, en toda su posibilidad, el mundo de la Ciencia. Antes era difícil para el hombre despejar el terreno secular y sostener la objetividad necesaria a la Ciencia en un mundo invadido por lo falsamente sagrado, poblado de dioses y semidioses. Pero la revelación de Cristo

—que es la muerte de los dioses— despeja plenamente los terrenos. En su doble revelación, Cristo Hijo de Dios revela a Dios; Cristo Hijo del Hombre revela al Hombre.

Sin embargo, el proceso de absorción de esa revelación es lento. Al hombre en general le fue difícil desprenderse de un tajo de ese mundo de deísmos al que Cristo dio muerte. Siguió venerando cadáveres. A la misma Iglesia, cuánto le ha costado comprenderlo? ¿No hay una confusa tendencia en lo religioso a seguir procesando a Galileo? Sin embargo, es la civilización occidental impulsada por el cristianismo la que ha desplegado hasta sus últimas consecuencias el desarrollo científico.

Cristo está allí —aunque lo ignoremos, aunque creamos negarlo— dividiendo los campos.

Y, precisamente, el conocer a fondo esos campos es el empeño del cristiano post-conciliar. Esa es la gran labor de nuestros días: Despejar la fe cristiana de los restos del pensamiento arcaico y mítico. Dar a Dios lo que es de Dios y al hombre lo que es del hombre.

PABLO ANTONIO CUADRA